

En el talento y en la enfermedad



David Foster Wallace. :: ARCHIVO

Se publica en España 'Todas las historias de amor son historias de fantasmas', la primera gran biografía del escritor estadounidense David Foster Wallace

NOVEDAD

PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA

Fue a finales de los noventa cuando comenzamos a saber de David Foster Wallace en España. Si no recuerdo mal, no se había publicado entre nosotros el primero de sus libros y ya oíamos hablar de él como de alguien que traía la revolución a las letras americanas. Se le otorgó desde el principio la condición de peso pesado. Aquel joven de nombre interminable era la gran esperanza blanca, el sucesor de Pynchon: un estilista superdotado para entender y disecionar el tiempo presente.

Sonaba todo tan importante que llamaba la atención el aspecto del nuevo genio. Porque no parecía un producto de los cursos de escritura de la Ivy League, ni tampoco un tipo duro forjado en los moteles carverianos. No se parecía a nada previsible, ni el intelectual neoyorquino, ni el paladín étnico, ni el artis-

ta ensimismado. Era más bien el cantante de una banda de Seattle. En eso hacían pensar aquel pelo largo y grasiento sujetado por una bandana, aquellas camisetas como sacadas de la basura, aquella mirada entre dulce y devastada.

Han pasado quince años. Y sigue haciéndose extraño decir que David Foster Wallace está muerto. Se ahorcó el 12 de septiembre de 2008 en el garaje de su casa de Claremont. Como la industria cultural americana funciona con una llamativa mezcla de eficacia e imperturbabilidad, ya tenemos aquí su primera gran biografía crítica. Aparece en Debate, se titula 'Todas las historias de amor son historias de fantasmas' y está firmada por el periodista D.T. Max. Se trata de un texto revelador y pormenorizado. Más de cuatrocientas páginas llenas de rigor y acceso a las fuentes. Adentrarse en ellas supone un choque contra la realidad. La conclusión tras el impacto es que la leyenda de David Foster Wallace es una leyenda muy triste, y no solo por su final.

Genio y obsesión

Tras leer la biografía de Max, podemos interpretar mejor aquellas fotos juveniles que tanto nos extrañaron. La bandana no tenía que ver con la

moda ni con Andre Agassi, sino tan solo con la inquietud de alguien constantemente medicado que sufría ataques de ansiedad y sudaba más de lo habitual. Y la mirada, bueno, David Foster Wallace comenzó a sufrir crisis nerviosas en el instituto y en la universidad sufrió importantes depresiones y fue tratado con electrochoques. En 1989 intentó suicidarse por primera vez. Toda su vida fue una continua tensión, un pulso entre la enfermedad y el talento, entre el genio y la obsesión: una sucesión de altibajos con periodos marcados por las drogas y el alcohol y periodos de felicidad e intensidad creativa.

Es cierto que Wallace dejó parte de su experiencia semioculta en sus textos. Quiero decir que a ninguno de sus lectores podrá sorprenderle la deriva patológica de su biografía. Pero la depresión («Es como estar completa, total, plenamente enfermo») y las reuniones de exadictos aparecen en sus ficciones como pasadizos que conducen a otro lugar más frecuentado y reconocible: el centro mismo de la inadaptación contemporánea.

Es ahora cuando conocemos la historia de un modo directo y completo. D.T. Max reconstruye la vida de David

Foster Wallace sin sobrepasar la línea que separa la honestidad del mal gusto. En el libro no se escatima información, más bien ocurre lo contrario, pero tampoco se abraza el morbo. El suicidio del escritor se resuelve, por ejemplo, en tres párrafos. Para en-



D. T. Max. :: EFE

Sus compañeros del instituto le recuerdan como un muchacho «genial», pero él ya convivía con la ansiedad

tonces, el lector ha hecho un largo camino con el protagonista y agradece el gesto.

David Foster Wallace nació en el seno de una familia culta del Medio Oeste. Fue uno de esos estudiantes brillantes que pronto son conscientes de su brillantez y oscilan entre la exhibición y la controlada insolencia. Su cerebro era veloz y categórico. Consumió desde muy joven «cantidades grotescas de televisión». En su adolescencia comenzaron a apasionarle el tenis y la marihuana. Sus compañeros del instituto le recuerdan como un muchacho «genial», pero el ya convivía con la ansiedad. Cultivaba de un modo enfermizo la idea de que quien llegase a conocerle bien, le rechazaría.

La universidad marcó el doble camino por el que se desarrollaría su vida: por un lado, el trabajo duro y la excelencia literaria; por otro, la enfermedad y la destrucción. Fue uno de los mejores estudiantes de la exigente Universidad de Amherst y tuvo que interrumpir varias veces su carrera para ser internado. En 1987, con 25 años, publicó su primera novela, 'La escoba del sistema', y la crítica lo señaló inmediatamente como alternativa al grupo de moda en la narrativa del mo-

mento, el 'Brat Pack' de Bret Easton Ellis. Fue su primera experiencia bajo el foco mediático. En adelante lo llamaría «estar bajo el gran ojo rojo de Sauron».

Osos Amorosos

Dos años después, Wallace impartía clases de Literatura en Boston y sus alumnos le veían llegar a clase «pertrechado con una carpeta rosa de los Osos Amorosos y una raqueta de tenis». Fue entonces cuando publicó una excepcional colección de relatos titulada 'La chica del pelo raro' y comenzó a trabajar en la novela que lo situaría a la cabeza de los escritores de su generación. Tardaría siete años en terminar la monumental 'La broma infinita'. Asistir al proceso de creación de ese libro –un verdadero calvario de dudas, esfuerzo, pasión y desaliento– hace que al lector, más allá de lo que opine de la literatura de Wallace, no le quede más remedio que comenzar a respetar seriamente su trabajo.

Hay mucho más en esta biografía. Sus problemáticas e innumerables relaciones amorosas, su fructífera amistad con colegas como Don DeLillo y Jonathan Franzen, su personalidad «hiperbólica y algo payasa», la delicadeza y el entusiasmo con el que juzgaba la escritura de sus alumnos y la ferocidad con la que valoraba el suyo propio. Se describe y rastrea en el libro de Max el esfuerzo de Wallace por avanzar desde su facilidad ultrairónica, ese punto de vista «100 por ciento universitario en el mal sentido», hacia posiciones de una mayor profundidad. Parece que su amigo Franzen influyó en esa deriva. En 1993 Wallace lo explicaba así en una entrevista: «La literatura realmente buena puede tener una cosmovisión tan oscura como quiera, pero siempre encontrará el modo de representar ese mundo oscuro y de iluminar las posibilidades que aún quedan de estar vivo y ser humano en él».

Por desgracia, nunca sabremos qué nuevos libros le quedaban a David Foster Wallace por escribir. Lo último que iba quedando de entre su producción por aparecer en español, ha visto la luz recientemente. A comienzos de año, Pálido Fuego publicó 'La escoba del sistema'. Y Mondadori acaba de hacer lo mismo con 'En cuerpo y lo otro', una colección de artículos y ensayos entre los que encontramos la célebre pieza sobre la final de Wimbledon de 2006. Aquel año Federer se enfrentó «al mesomórfico y totalmente marcial tenista español Rafael Nadal», ese «perfecto hombretón con sus bíceps desnudos y las exhortaciones Kabuki que se lanza a sí mismo».